


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Marta Philp, María Silvia Leoni y Daniel Guzmán, coord. *Historiografía argentina. Modelo para armar* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2022).

María Luciana Llapur

*CONICET - CIITeD / Universidad Nacional de Jujuy /
Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos Segreti"*

llapur.luciana@gmail.com

Fecha de recepción: 02/03/2023

Fecha de aprobación: 07/03/2023

Historiografía argentina. *Modelo para armar* es el resultado de un trabajo colectivo, que aúna investigadoras, investigadores y docentes de todo el país. A través de él se puede comprender el recorrido historiográfico nacional, donde las provincias cuentan su historia, visibilizando los retos, proyectando balances y mejoras. Una lectura apasionante que nos lleva a los periplos provinciales para buscar las voces y lugares desde donde se construye el conocimiento y las representaciones, autores y autoras que dialogan y complejizan los procesos, y que lejos de estar aislados, comienzan a *armar* el mosaico historiográfico argentino, con sus logros y sus falencias.

Un libro que merece ser comentado y considerado, no solo por la trayectoria de sus autores y autoras, sino por su riqueza insoslayable al brindar un complejo panorama de las veintitrés provincias y la capital argentina. Quizás estas páginas no le hagan justicia, pues semejante

empresa daría lugar a múltiples comentarios, sin embargo, el propósito de este breve recorrido es, no solo recomendar su lectura sino reflexionar a partir de la necesidad de generar trabajos de esta índole, tanto por su contenido como por las miradas incluidas en él desde los diferentes puntos del país.

El libro se divide en seis partes, que responden a recortes regionales, a saber: Buenos Aires, Centro, Noroeste, Litoral y Nordeste, Cuyo y Sur. Cada una de las partes, a su vez, se estructuran en capítulos donde los distintos autores y autoras esbozan la escritura de la historia de su provincia, *armando* un entretejido historiográfico de Argentina. Por cuestiones de extensión, se hace imposible dar el lugar merecido a cada uno de los trabajos que conforman este ejemplar, sin embargo, se pretende al menos rescatar las ideas que en él circulan y que a su vez explican el por qué de tan profusa obra.

¿Cómo se fue construyendo el relato histórico nacional y provincial? ¿Cuál fue el contexto y/o coyuntura donde se desarrolló? ¿Cuándo y por qué se profesionaliza e institucionaliza el quehacer histórico? Estas y otras preguntas, para quienes intentamos hacer y comprender la historia y su derrotero, son fundamentales para iniciar el recorrido historiográfico de nuestro país, junto con las circunstancias, vicisitudes, semejanzas y diferencias que fueron marcando el porvenir historiográfico de cada provincia. A lo largo de las páginas se advierten los posibles interrogantes y ejes que vertebraron los trabajos, donde cada autora y autor intentaron responder y estructurar esos contenidos, que seguramente habrán nacido al calor del encuentro y el diálogo entre todos los artífices de esta obra.

En la primera parte, desde Buenos Aires, Martha Rodríguez explica cómo se fue construyendo el relato histórico, donde la historia no solo debía alcanzar la meta de disciplina y ciencia, sino contener un compromiso público, desde esa construcción y difusión en la cual todos los argentinos pudieran reconocerse y amalgamarse. Así, la historiografía capitalina pasó a ser representativa de la nacional, dejando de lado las particularidades y realidades provincianas. Como capital y centro, la historia fue contada y construida de manera unívoca, con un fuerte arraigo en el método heurístico y de crítica documental, conjugó nexos para que desde las distintas provincias generaran sus aportes sin descolocar el relato oficial.

Desde el centro del país, Marta Philp, Eduardo Escudero, Gabriela Micheletti, Renzo Sanfilippo, María Lanzillotta y Federico Martocci, autoras y autores de Córdoba, Santa Fe y La Pampa, marcan la trayectoria que impulsó la institucionalización y profesionalización de la historia en sus respectivas provincias, evidenciando la pérdida de visibilidad y potencialidad de memorias alternativas (p. 28), que se vieron desplazadas por la historiografía “nacional” de Buenos Aires. A su vez, ponen en diálogo la propia historiografía de sus provincias y su construcción, que lejos de ser homogénea y/o lineal hacia el interior, tuvo particularidades, como Río Cuarto y Rosario, o como el caso de La Pampa que, convertida en provincia en 1951, inició su trayectoria de forma tardía, si se la compara con las provincias mencionadas. Esto nos permite observar la trayectoria de las mismas y la coexistencia no siempre pacífica entre conservadores y renovadores (pp . 38-39) en Córdoba y cómo la renovación se vería interrumpida por los gobiernos dictatoriales, al igual que en Santa Fe, donde a su vez Rosario buscaba desmarcarse de la impronta capitalina de corte tradicional (p . 67).

El noroeste, constituido por Santiago del Estero, Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca y La Rioja, también aporta desde la construcción de su historia e historiografía. Daniel Guzmán relata la institucionalización y profesionalización en Santiago del Estero, evidenciando la vinculación de la elite y el poder político, mientras que Diego Citterio explica que el desarrollo historiográfico jujeño llegaría recién en la década de 1980, y profundiza en la narrativa que se mantuvo vigente durante décadas a partir de un libro de arraigada tradición en la provincia. Desde Salta, Osvaldo Geres y Mercedes Quiñonez resaltan la importancia de los espacios de sociabilidad intelectual del siglo XIX, para luego avanzar hacia la especialización, institucionalización y posterior profesionalización que, si bien inicia en 1950, se ve al igual que en otras provincias interrumpida por las dictaduras militares. Marcela Vignoli nos introduce al caso de Tucumán, donde aun cuando la Nueva Escuela Histórica (NEH) tuvo influencia, la Asociación Sarmiento previamente estipulaba las formas y métodos para brindar rigor y veracidad al relato histórico. Desde Catamarca, Alberto Perea y Manuel Fontenla comentan el desarrollo a partir de la Junta de Estudios Históricos, que estuvo influenciada por la NEH, y cómo las tensiones entre el peronismo y la Iglesia (1953) conllevaron a que la Junta se tornara a favor de esta última. Hugo Robledo plantea que la línea historiográfica riojana, inaugurada por Sarmiento, se convertiría en la guía de los historiadores de la segunda mi-

tad del siglo XIX (p. 201), y cómo ésta fue cambiando desde los enfoques y temáticas, hasta avanzar de forma sorprendente durante las últimas décadas.

La cuarta parte del libro desarrolla el Litoral y Nordeste, y con ello la historiografía de Corrientes, Entre Ríos, Chaco, Formosa y Misiones. Gabriela Quiñonez y Belén Montenegro advierten cómo, en las primeras décadas del siglo XX, los movimientos historiográficos de Buenos tuvieron su proyección en Corrientes (p. 231), pero aún con los adelantos teóricos y metodológicos, la historiografía correntina continuó el enfoque político-institucional, la temática rosista, entre otros. Para Entre Ríos, Darío Velázquez plantea que, cuando la historiografía académica se afianzó en la provincia, los relatos sobre el pasado común hicieron desaparecer a minorías, como es el caso de los aborígenes, y muestra cómo, con la llegada del peronismo, las representaciones y la memoria dieron lugar a la visibilización de los obreros o los combatientes de Caseros. Silvia Leoni y Elías Zeitler abordan la historiografía chaqueña, aludiendo a su profesionalización a partir de la década de 1960, y cómo se fueron creando y consolidando las instituciones académicas en el periodo de la última dictadura. En Formosa, Javier Kazmer y Javier Núñez explican la incipiente institucionalización que también se gestó durante el gobierno dictatorial, teniendo en los inicios historiográficos de la provincia un papel relevante un programa radial que buscaba combinar objetividad y veracidad con la reafirmación de valores nacionales en la construcción de una historia científica. Por último, Lucía Schvorer aborda la historiografía misionera, cuyo relato buscó contribuir a la legitimización como provincia, hecho ocurrido en 1953, analizando los avatares que contribuyeron a su profesionalización reciente, con el retorno democrático. Cabe destacar que la creación de las universidades nacionales del Litoral y el Nordeste fueron pasos importantes en la construcción, institucionalización y profesionalización de la historia, en los espacios regionales y al interior de cada provincia.

Desde Cuyo, Oriana Pelagatti, Fabiana Puebla y Omar Samper recorren la historiografía de Mendoza, San Juan y San Luis, iniciando el proceso de institucionalización de la primera entre las décadas de 1920 y 1940, dando cuenta a su vez de los acontecimientos derivados de los golpes militares, y la persecución hacia los profesores identificados con el peronismo. En San Juan, con las consecuencias del terremoto de 1944, la historiografía se afianzó a través de los postulados de la NEH, y aún con la renovación de los años sesenta y setenta, mantuvo una línea tradicional, sin embargo,

en la siguiente década se profundizaron temáticas que se orientaron hacia la historia regional. Desde San Luis, su autor aborda lo sucedido en la provincia, y de aquella historiografía sanmartiniana tan enraizada, donde las elaboraciones y reelaboraciones de las representaciones del pasado forjan la memoria de la provincia a través de monumentos e íconos.

La última parte de este libro versa sobre la región sur: Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego. Beatriz García y Pablo Scatizza explican cómo la historiografía académica se consolida en Neuquén en los años noventa, incursionando en las etapas previas, para finalizar con la reformulación del sentido historiográfico acaecido entre los ochenta y noventa, que estandarizó y burocratizó la práctica (p. 392). Desde Río Negro, Martha Ruffini y María Ytati Valle abordan el proceso de institucionalización durante la década de los setenta como resultado de iniciativas estatales que abogaban por la construcción de una historia provincial. Gabriel Carrizo y Guillermo Williams se explayan sobre la escritura de la historia chubutense a partir de 1930, con sacerdotes salesianos que fundaron una tradición que se mantendría hasta mediados de los setenta, y que, recién a partir de los noventa, se proyecta un campo historiográfico académico profesional (p. 452). La historiografía de Santa Cruz es analizada y trabajada por Juan Vilaboa y Graciela Ciselli, quienes advierten que la escritura académica de la historia inicia en la década de los ochenta, donde el cambio en la producción historiográfica se enlaza con el proceso de profesionalización, vinculado con la creación y desarrollo de la Universidad Nacional de la Patagonia. Por último, Gabriela Fernández y Karin Otero esbozan la historiografía fueguina, iniciada con el proyecto colonizador, que luego de largo tiempo, a finales del siglo XX, recibió el interés de los gobiernos municipales que aunaron esfuerzos para dejar registro de la historia local, privilegiando los testimonios de sus habitantes. La provincialización, en 1991, realzó los esfuerzos por forjar su historia, y aunque la producción historiográfica académica es relativamente reciente, su naciente trayectoria evitó las resistencias y combates por incorporar metodología y enfoques, lo que permitió el ingreso de la historia social (p. 490).

Este ha sido un breve recorrido por algunas de las ideas que coronan cada capítulo, aunque de ellos hay mucho más para referir y destacar, dando muestra del itinerario que forjaron para dar respuesta a aquellas obras nacionales escritas desde Buenos Aires. A partir de aquel desarrollo his-

toriográfico argentino, las provincias se valieron de actores, instituciones e historiadores para destacar sus aportes en el desarrollo histórico de la nación (p . 223).

Esa visión centralizadora, que silenciaba y desconocía la historia de las provincias y su participación en acontecimientos de mayor escala, condujo a que los intelectuales de esos espacios, aunque vinieran de diferentes ámbitos y formación (derecho, periodismo, política, hasta religiosos, entre otros), bregaran por la construcción de una historia donde se sintieran representados y se diera a conocer la contribución de cada una de ellas, desde la colonia hasta la organización del Estado Nacional, forjando una identidad nacional con las particularidades de cada espacio. No se trataba de una puja, sino de una visión, de un relato en el cual todos se sintieran identificados.

Frecuentemente los procesos de institucionalización y profesionalización de la historia en Argentina se sitúan en las tres primeras décadas del siglo XX, cuando se sentaron las bases que permitieron la enseñanza e investigación, aportando un bagaje heurístico y metodológico de la actividad, además de la aparición de órganos de difusión, controles de legitimación y financiamiento estatal. En este contexto, la Nueva Escuela Histórica ocupó un lugar predominante, lugar que, en diferentes momentos, influyó en las narrativas provinciales.

Una institución que se hizo eco en las provincias fue la Junta de Historia y Numismática Americana, creada en 1890 y consolidada por el impulso de Bartolomé Mitre que, en conexión con las provincias, instauró filiales para el desarrollo del quehacer histórico y la construcción de una memoria pública. Tiempo después, convertida en la Academia Nacional de la Historia, siguió estando vigente hasta nuestros días.

Esa historia acontecimental debió ser superada, ampliando los enfoques y los tópicos, desafiando su politización y usos, apostando por una mayor especialización, y una reprofesionalización que marcaría el inicio del declive del modelo tradicional en la década de los ochenta. Sin embargo, las provincias no tuvieron un ritmo homogéneo, y cada una de ellas fue afianzando su quehacer histórico a partir de las condiciones que le permitían avanzar hacia esa institucionalización y profesionalización requeridas. Para incluir las historias provinciales en aquel relato nacional, no solo se inmiscuyeron historiadores, sino todos aquellos profesionales y/o aficionados que se hallaban comprometidos en la visibilización de sus provincias, con sus

héroes, personajes destacados, acontecimientos y procesos vinculados, que buscaban fortalecer y potenciar los relatos y memorias alternativas.

Ese camino hacia la institucionalización y profesionalización estuvo bajo la égida de las diferentes juntas provinciales, museos, archivos, bibliotecas, escuelas, institutos, universidades y centros de investigación que fueron sentando las bases y perspectivas metodológicas, junto con los tópicos de interés historiográfico. Así, cada provincia no solo enfatizó y construyó su relato destacando personajes, acontecimientos y procesos, sino también forjando su memoria, a través de narrativas históricas, representaciones y diferentes conmemoraciones. Sin embargo, es menester reconocer los tiempos de las provincias para establecer un eje cronológico y poder comprender el acaecer historiográfico nacional, dentro del cual la historia no solo logró concebir una identidad nacional, sino que también contribuyó a la legitimidad de territorios que recién se estaban reconociendo como autónomos. El uso de personajes y acontecimientos también hizo lo suyo, como en el litoral el lugar de los caudillos fue importante, en el sur la campaña al desierto fue un acontecimiento destacado como “gesta”, y con ello los historiadores de cada provincia enaltecieron algunos procesos en particular, aun cuando internamente en los espacios existieron visiones diferenciadas.

Rastrear el recorrido historiográfico implica reconocer lo escrito no solo por aficionados e historiadores, sino ir más allá, contemplando cronistas y viajeros, y hasta la propia prensa, que fue un ámbito en el cual muchos profesionales hicieron sus primeras publicaciones. Es en este sentido que el libro, capítulo tras capítulo, nos permite conocer qué, cómo, cuándo y quiénes relataron la historia de las provincias, y de qué manera el contexto político influyó en esas narrativas. Momentos, actores e instituciones que fraguaron el recorrido historiográfico y que contribuyeron al conocimiento histórico desde y en diferentes lugares del país. La renovación historiográfica nació como respuesta al enfoque tradicional y al revisionista, donde el posicionamiento, las perspectivas y metodologías permitieron que se indagaran nuevos temas, actores y agentes antes silenciados, y los enfoques proveyeron de las herramientas necesarias para enfatizar otras formas de leer y repensar el pasado.

La historia no es una sola y su derrotero no es aislado, al igual que su construcción, y esto es destacado en esta obra, donde cada autora y autor esboza la historia de la historiografía de su provincia, dentro de un contexto mayor, donde los nexos entre instituciones e historiadores contribuyeron al afianzamiento científico de la historia. Esos vínculos y filiales tuvieron una importancia destacada, contribuyendo al desarrollo histórico y a la comprensión de la complejidad de la historiografía a lo largo y ancho del país. No se trata de relatar historiografías provinciales sino de dialogar y cuestionar nuestro pasado y su construcción, reconociendo en él la participación y contribución de todos los territorios que conforman la Argentina.

Este comentario se presenta como una invitación a leer este profuso libro, que nos incita a repensar la historia de la historiografía argentina, los usos y representaciones que se forjaron a lo largo del tiempo, y cómo todo aquello fue construyendo nuestra memoria, tanto nacional como provincial, en un diálogo fluido entre actores, instituciones y momentos que formaron nuestra historiografía, distante de aquella centralizada, invariable e inmutable.